



NUM. 39. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 26 DE SETIEMBRE DE 1869. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



Para seguir el curso de la política europea en sus rapidísimas y múltiples evoluciones, necesarios, además de una atención perseverante y sostenida, un criterio previsor que de los datos presentes alcance á vislumbrar las soluciones del porvenir. Porque ligados hoy más que nunca los pueblos por los mil lazos de la civilización actual y siendo ya casi solidarios sus intereses, el estado del uno se refleja en los demás, atemperando ó modificando su aspecto político y financiero.

Prueba de lo que decimos es la avidez con que eran leídos y comentados los partes sobre la salud del César francés, influyendo en las operaciones del crédito, así en Francia como en las bolsas extranjeras. Ultimamente la convalecencia del augusto enfermo parece asegurada, pudiéndose dedicar á los áridos negocios que le rodean.

Por razón de esta mejoría pudo admitir en audiencia particular al general Prim, al regresar este del establecimiento balneario de Vichy. La conferencia ha sido larga é importante, versando naturalmente sobre asuntos políticos y tocándose la difícil cuestión de candidaturas al trono español. Aunque los pormenores de esta conferencia se hayan reservado por ahora, y no establezca sobre ellos la prensa sino vagas conjeturas, más ó menos verosímiles, pero que algunos periódicos tienen la candidez de hacer pasar por indubitables, pa-

rece resultar en conjunto de la sesión celebrada que Napoleón se abstendrá de apoyar ó dificultar candidatura alguna, dejando al país constituirse libremente, por más que sus simpatías estén á favor de cierta candidatura. En cuanto á las del duque de Génova, don Luis de Portugal, el duque de Montpensier, el niño Alfonso y el príncipe alemán, puede creerse y no sin fundamento que son inverosímiles y de escasísimas probabilidades; por lo cual no sería tal vez aventurado afirmar con Cervantes que «no hay tales borregos.»

Lo que sí se trasluce es que esta baraja de nombres lanzados al público, sirven sólamemente para entretener su curiosidad y desviar sus conjeturas del verdadero candidato, que, según nos da en la nariz, se presentará á su tiempo. Dios ponga tino en los monárquicos para elegir lo mejor, y también en los republicanos para no agravar la situación y perjudicarse ellos mismos con ilegales é intempestivas violencias.

La verdad, según se dice de público y no procuran desmentir, es que se organizan y arman para la lucha, olvidando su promesa de respetar y obedecer los acuerdos de las Cortes constituyentes. Propagandistas y agitadores pululan por todas las capitales y poblaciones de alguna importancia verificando la propaganda de las ideas federalistas y acalorando los ánimos de muchedumbres ignorantes, que no se hallan en estado de comprenderlas. Esta escitación, unida á una profunda ignorancia y á falta de respeto á las leyes, suele producir frutos amargos que llevan el escándalo á la sociedad en general y el dolor y la ruina á inocentes familias. Nuestros lectores tienen ya conocimiento del brutal atropello cometido en la persona del gobernador interino de Tarragona; mostrando este hecho criminal, así como el de la misma naturaleza perpetrado meses antes con la primera autoridad civil de Burgos, que iguales resultados producen la ferocidad y la ignorancia, ya tomen por base la superstición y el absolutismo, ya la libertad desenfrenada. Juzgamos prudente no añadir comentarios ni pormenores sobre sucesos tan dolorosos, por encontrarse ya sus autores é instigadores bajo la acción de los tribunales. La milicia nacional de Tarragona fue inmediatamente desarmada y cerrados los clubs republicanos, á pesar de que se procuraba impedirlo con el temor de nuevas luchas y complicaciones. El gobierno, sin embargo, estuvo inflexible: y esta entereza no puede menos de captar-

le las simpatías de cuantas personas aspiran á que sea una verdad el respeto á las leyes.

Las noticias sobre coalición absolutista, á pesar de haberse presentado como innegables y ciertas, se han desvanecido como el humo. El vínculo de unión entre alfonsinos y carlistas sería el matrimonio del ex-príncipe Alfonso con la hija de Carlos VII, declarando á los dos infantiles esposos con igual derecho. Asegurábase que personas influyentes de los citados partidos habían gestionado con éxito por traer á un ayuntamiento común á cuantos desean para España la restauración de los Borbones y de la unidad católica, sirviendo esta coalición para hacer frente á la formada por demócratas, progresistas y unionistas; y que entre dichas personas figuraban Cabrera y el melancólico Aparisi y Guijarro. Pero tales cosas no han pasado de ser un sueño de los periódicos absolutistas, á quienes, como dice el adagio, los dedos se les antojan huéspedes. Sábase con certeza que alfonsinos y carlistas, internados por las autoridades francesas, vagan desanimados y los más persistentes remiten el probar fortuna para cuando tengan la ocasión y elementos de que hoy por completo carecen.

También los republicanos aplazan, pero con un término más breve, el recurrir al terreno de la fuerza para hacer triunfar sus principios. En periódicos, en clubs y en las peroraciones de sus propagandistas aparece desnuda y descubierta la amenaza contra el orden público y la Constitución del país; de suerte que los amantes de la tranquilidad y cuantos procuran conservarla se hallan justamente alarmados. El gobierno por su parte, conociendo la inminencia del peligro, se propone obrar con energía para que el orden no pueda alterarse por nada, ni por nadie.

El *Djaland*, periódico importante que se publica en el Haya, habla de las sesiones del Congreso internacional estadístico celebradas en dicha capital, y entre otras cosas dice: «Al terminar su peroración el señor Farr, diputado por Inglaterra, subió á la tribuna el señor Víctor Balaguer, enviado por España. Su discurso fue en francés, como los de los señores Chatvich, Visschers, Pascal Duprat y otros. El señor Balaguer, contestando al señor Farr, dijo que no se oponía á que la próxima sesión del Congreso se verificara en San Petersburgo; pero que debía manifestar que las puertas de España se hallaban hoy del todo abiertas para la

ciencia, el progreso y la libertad. Reclamó el honor de que el próximo Congreso se celebrase en España. Cuando un rey de Francia dijo que ya no había Pirineos, jamás los Pirineos habían estado más inaccesibles. Otro rey más poderoso que se llama el Progreso ha dicho hoy que no existen Pirineos; y en efecto, hoy es cuando esta barrera ha desaparecido para todo cuanto es progreso y libertad. En nombre, pues, de España regenerada, de España revolucionaria, el señor Balaguer ofreció cumplida hospitalidad al Congreso.

La calorosa manifestación del orador español fue recibida con grandes aplausos. Ocupó en seguida la tribuna el señor Volasky, de Francia, y después de haber elogiado el discurso anterior, dijo que entre Rusia y España, sus simpatías eran para España.

La comisión organizadora quedó encargada de resolver esta cuestión, fijando el punto donde debe tener lugar el próximo Congreso. Así lo manifestó el señor Fock, ministro del Interior, dando las gracias al señor de Semenow y al señor Balaguer, representantes respectivamente de Rusia y España. Procuraremos tener al corriente á nuestros lectores de cuanto más notable ocurra en estas importantes asambleas científicas.

El pontífice romano ha manifestado que pueden los prelatos, sin inconveniente alguno, prestar juramento de fidelidad á la Constitución del país; por lo cual procederá el Gobierno á exigirles dicho juramento; así como otras clases sociales que no lo han prestado todavía.

En el consejo de ministros celebrado á la vuelta del general Prim, se han acordado sin disidencia medidas de suma gravedad, citándose entre ellas el firme propósito de restablecer el orden público, vacilante hoy y alterado en algunas localidades, y no abordar la cuestión de candidatos hasta haberlo plenamente conseguido. También se acordó obrar enérgicamente y con entera justicia en la cuestión de Cuba, dando á esta hermosa provincia española cuantos medios y seguridades sean necesarias para su prosperidad y desarrollo.

N. C.

CARTA DEL BACHILLER PEDRO DE RUA

AL SEÑOR DON ANTONIO DE LATOUR.

—El que imprime necedá-
Dadas á censo perpé-
Así lo dijo Cervá-
Del Quijote en su próe-

Luengo tiempo había ya, mi venerando señor don Antonio, que tenía yo relegada mi humilde pñola al silencio; y en este designio hubiera constantemente permanecido, si un nuevo y bien triste acontecimiento no me hubiera impelido, ó mejor diré forzado, á enderezar á vuestra merced esta mi homilidosa epístola, escrita, como veis, en estilo y en lenguaje tan anticuados.

Vuesa merced podrá considerar y parar mientes; pues es tan discreto y bien entendido, mi señor don Antonio, cuál y cuán grande habrá sido la admiración que aquí ha producido en esta suntuosa, clarifica y admirable *mansion de los Génius*, donde moramos, el triunfal recibimiento de una su epístola, que vuesa merced ha tenido por bien de firmar (que no debiera) con el nombre tan claro y tan conocido de Miguel de Cervantes Saavedra: lo cual, dado que algunos, personas al fin de poco seso y de peor gusto literario, reprueban y reputan como nefando delito, repúto yo (y júrolo por las humanas musas que allá en el mundo profesé) como la más discreta invención que producir pudiera el más *sotil y delicado entendimiento*.

Los ignorantes y descontentadizos, como vuesa merced mejor sabe, son, señor don Antonio, asaz en número y muy desatinados en sus censuras; y así no es de extrañar que algunos osados follones malandrines (Dios los perdone) hayan puesto dolo en vuestro mal castellano escrito: que puesto que tenga algunos defectillos, lo cual no niego, pero no tales ni tan considerables como quieren esos deslenguados, ni bastantes tampoco para destruir vuestra bien adquirida fama.

Porque ¿qué crédito merece, voto á tal, quien tan osadamente asegura, como mi amigo el bachiller Gomez de Ciudad-Real, que vos sabéis de un modo encantador, perfecto, admirable, el idioma francés, y que aun más admirablemente lo escribís, en tanto que osa decir que se pierde vuesa merced miserablemente luego que quereis estampar siquiera dos frases en castellano? ¿Pues qué dificultad hay norotal para que vuesa merced no pueda escribir el rico y sonoro idioma de Castilla?—¡Cuerpo agora de Dios!—dicen los contrarios, ¿pues cómo ha de poder escribir un castellano con exactitud y elegancia el alfeñicado lenguaje de Bossuet, ó cómo se ha de manejar un francés para espresarse con galanas y cultas frases en la hermosa habla de Cervantes?...—Considere vuese merced por esto cuán necios serán sus endiablados enemigos, señor

Latour; pues vos sólo sois poderoso para confundirlos, escribiendo con tan inimitable perfección vuestro nativo y extraño idioma.

Empero como no ha sido sólo el bueno del bachiller quien ha puesto dolo en vuestro mal castellano escrito (según dice el atrevido); más que también hánlo censurado personas y escritores de más alto pró, según comprendo, quierooos hacer cierto de las diferentes opiniones que al leer vuestro, para ellos endiablado, y para mí poco menos que divino escrito, se han formado. ¿Cuánto hubiera deseado entonces, mi señor don Antonio, haber alzado mi humilde voz para separarlos del gran error en que se encontraban? Pero, señor de Latour (os diré aquí con el buen bachiller de Arcadia) aunque yo fuera un Rodamante, ¿qué hiciera, pues, cuando acabé de recorrer los enemigos, hallé que eran tantos que me fue forzoso confesar que era un mísero bachiller en querer tomar sobre mis hombros defender vuestra epístola? ¡Cuerpo de tal, nunca ví tantos enemigos juntos!...

Acuérdome agora que uno de los críticos de su carta de vuestra merced fue nada menos que el barbilucio bachiller Perez de Munguía (que agora allá en el mundo de los vivos es conocido por un tal Mariano de Larra), y el cual dijo tantos improperios de su epístola de vuesa merced, que no estuvo en un tantico que no le hiciera reconocer cuán infundadamente la censuraba; si no que es un demonio tener que habérselas con tantos ignorantes; y por eso lo dejé en su pertinacia, merecido y justo castigo de su presunción. Decía él que jamás había tenido necesidad Cervantes de personas que declarasen el sentido de sus palabras, y esto, con haber escrito tan gran número de sus libros; y que vuesa merced; desde el proemio de su gallarda epístola necesitaba de comentario, porque sus primeras frases sólo vuestra merced y quien las escribió podían entenderlas y descifrarlas. Vea vuesa merced qué objeción mas concluyente...

Pues ¡cuerpo agora de Satanás!—decía yo:—si todo el dolo que ponen á esta inimitable epístola está sólo en que su estilo es algo oscurillo y enigmático, y esto en un sólo párrafo, en cuanto más no debe ser por sólo esto ensalzada y encarecida? No, sino callaos y no salgais á vuestra defensa. ¡Pues qué! ¿no tenemos en más estima lo que oculto y velado se halla por el misterio, que lo que en claras y pálidas frases se nos manifiesta? ¿En cuánto predicamento no eran tenidos en los pasados y romanos tiempos los oráculos sibilinos, no más de por aparecer cortejados del enigma y de la oscuridad? Pues si de las pasadas venimos á las presentes edades, ¡cuánto más no acrecerá nuestra admiración! Ahí está Góngora; ahí Paravicino; ahí Fuente La Peña, que así los entenderéis como si hablaran en turco; y esto no embargante, ¿cuán dilatada y preclara fama no se han grangeado sus delicados pensamientos, sus alambicadas poéticas frases, sus descubrimientos inauditos, sus disertaciones sobre duendes y otros no menos interesantes particulares, y, sobre todo, sus ciencias y doctrina, que á todas las humanas ciencias y doctrinas se aventajan? Y si un Góngora ó un Paravicino, para conseguir un lugar en el templo de la fama, necesitaron escribir tantos y tan doctos volúmenes, ¿en cuánto más no sois vos digno de perpétua loa, pues conseguís tan preclaro nombre con sólo una carta que habeis escrito: *Sotil estoy, señor don Antonio*.

Pero tornando á nuestro propósito (del que me iba separando con tanto Góngora y tanto Paravicino), direos aquí para *inter nos* que quien más ofendido se ha mostrado con vuestra merced y con vuestra carta, sin duda por ver parte interesada, ha sido el literato fray Luis de Leon; el cual dijo que había vuestra merced andado asaz desconocido al hablar en cuestiones perrunas de sus bellas é inmortales poesías; y que era ni más ni menos que si hubiera vuestra merced mezclado berzas con capachos; y aun me aseguró un mi amigo que sabe él estaba sentado, que al concluir su larga é inoportuna arenga, exclamó con grande énfasis:

¡Di magni, horribilem et sacrum libellum!...

y que así quedó en suspenso y como arrobado una buena pieza de tiempo, dudosos todos y pensativos. En lo que ya puede vuesa merced conocer que se cometió una imperdonable impropiedad; porque ¿á quién se le ocurre llamar *libellum* á una epístola tan bella, tan magnífica, tan inimitable, tan galana en su frase, tan gallarda en su forma, y tan adornada de tan preciados aditamentos, como la de vuestra merced es, que mal año para todas las epístolas ó cartas que yo conozco y he leído de Ciceron, y de Plinio, y del padre Isla, y de Ciudad-Real, y de don Antonio de Guevara, mi señor, y de otros mil autores que aquí no nombro, por no cansaros ni seros mas prolijo?... Pues que me diga alguno que la mejor de sus cartas puede competir con la que vuesa merced ha escrito: que así lo creeré como yo soy turco.

Y ¿qué más os diré, señor don Antonio, sino que esta mansion de los Genios parecía haberse convertido en un nuevo campo de Agramante, según se oí en

por todas partes imprecaciones, y gritos, y palabras, y voces alarmantes *non del todo sanctas*?... En ningún caso podíase aplicar con mas propiedad aquello de *quot capita tot sententiae*. Era para verlo, señor don Antonio: no se diría sino que nos habíamos trasladado por vía de encantamientos á las lóbregas cavernas de Dite!...

Aquí, un reputado y sublime literato á quien presentaban su gallarda epístola de vuesa merced para que saborease sus bellezas, viéndola llegar, decía, todo tembloroso y pensativo, y ni más ni menos que si se hallase entre las garras de la muerte:

Imminet, et tacito clam venit illa pede!!...

Allí, otro, un tantico más compasivo, pero no menos ignorante, exclamaba (que no debiera el bellacónazo de hacerlo):

*Isti Di mala multa dedit clienti
Qui tantum nobis misit impiorum.*

Por donde se ve que el pagano quería *multarlo* á vuestra merced *malamente*: *multa mala*, como dijo. Acá, un repulgado anticuario, que frecuentemente se preciaba de ser muy su amigo y admirador, prorumpía con cierta repugnancia:

*Ni te plus oculis meis amarem,
Iucundissime Calve, munere isto
Odissem te odio vatiniiano.*

Y mucho debía el buen señor de sentir el hacer ante tan numeroso concurso confesión tan clara y esplicita, según que se colegía de su grave y cuitado rostro.

Acullá, otro que blasonaba de ser benigno, aunque tenía sus puntas y collares de irónico y burlador, exclamaba, después de saborear algunos de los más sublimes trozos de su carta:

*Non est mi malè, sed benè ac beatè;
Quod non dispereunt sui labores!!!...*

Y así pudiera iros nombrando aun por luengo tiempo los torcidos juicios, manifiestas injusticias, amenazadoras frases é infundadas exclamaciones con motivo de la lectura de vuestra carta se profirieron. Pero no haga vuestra merced caso de semejantes enredos y hadulaques; que en los reveses es donde se aquilata el ánimo de los hombres. Acuérdese vuesa merced de que hay que sufrir muchos trabajos para llegar al pináculo de la gloria; y que en eso es en lo que menos reparan los ignorantes; y digo la verdad, y aun me quedo corto.

Pero, el que mas compasivo y magnánimo se ha mostrado con su carta de vuestra merced ha sido (¿quién lo dijera, señor de Latour?) el siempre noble y elevado en sus pensamientos *Miguel de Cervantes Saavedra*; el cual ha hecho ver palpablemente á cuantos os criticaban, cuán descaminados iban, y que su escrito de vuestra merced no era digno de criticarse; y que puesto que tenía algunos defectos, lo que él no negaba, reparasen que,

*... Suus cuique est error;
Sed non videmus mantia quod in tergo est:*

y que por tanto callasen los osados y atrevidos que tan sin ninguna compasión os censuraban.

Y más dijo: que puesto que había notado en su carta de vuesa merced ciertas tachas que ya pasaban de la regla, como eran entre otras el lenguaje no muy castizo, el estilo desmazalado, impropiedad en algunas voces como cuando usa su merced *soliloquio por coloquio*, y, sobre todo, el haber traído á cuento su nombre muy preclaro, y hacerle pasear, mal de su grado, las calles de la antiquísima Híspalis, y tirar del cordón de una campanilla, y todo, por socorrer en sus cuitas á una desvalida perra; sin embargo de todos estos TAN DESCOMUNALES DESPROPOSITOS (dijo) perdono, y es mi voluntad que todos perdonen el atrevimiento del señor don Antonio de Latour, porque no ha estado en su mano el hacer otra cosa: *que bien sé lo que son tentaciones del demonio*.

Aquí deseara ya fincar punto, mi señor don Antonio; pero no lo haré sin decirle antes que su amigo y admirador y compatriota el buen señor Boileau Despréaux me ruega que encargue á vuesa merced *mucho* que no se acuite por nada; que al fin todas las críticas son *nugæ canoræ*; y mucho menos por la de aquestos endiablados y descomedidos ignorantes; y que para que á vuesa merced se le haga más pasajera la tormenta lea y relea y torne á leer de nuevo aquellos sus versos que con motivo de otra tan injustificada censura como la presente, enderezó al hermano Moiere, en los que le decía que:

*En vain mille jaloux esprits
... osent avec mépris
Censurer tou plus bel ouvrage:
Sa charmante naïveté
S'en va pour jamais, d'âge en âge,
DIVERTIR LA POSTERITÉ.*

Divierta, divierta, pues, vuestra merced la posteridad, como quiere nuestro hermano muy querido el poeta Boileau Despréaux, con sus excelentes cartas y muy doctos escritos; y trabajad en ello incesantemente, á despecho y pesar de los osados malandrines que os critican: que si así lo hiciéredes no habríades hecho voto á tal! poca cosa. *Sic itur ad astra, señor La-tour.*

De la mansion de los Genios, á tantos dias de tal mes y tal año.

Criado de vuesa merced,

EL BACHILLER PEDRO DE RUA.

Está conforme con su original.

El Bachiller Cervántico.

EL CALLEJON

DE SANTA MARIA DE LA ALMUDENA.

(CONCLUSION.)

Continuaron estos todavía en el mismo estado por espacio de cinco años, transcurridos los cuales idearon sus enemigos un juicio de visita que se llevó á cabo con tanta crueldad como rigor; se le hicieron cargos por los regalos que habia recibido, incluso los de la princesa de Eboli, por haber vendido secretos y alterado el sentido de la cifra de los despachos, etc. Perez se defendió diciendo lo habia hecho de orden del rey, mas éste le mandó callar por medio de su confesor, y hubo de obedecer temeroso de peores resultados, siendo condenado á restituir á los hijos y herederos de Ruy Gomez 2.070,385 mrs. que le habian sido remitidos de Nápoles por cuenta de la de Eboli y ocho reposteros nuevos de terciopelo carmesí labrados de oro y plata, dos diamantes de precio, cuatro fuentes de plata del conde de Galvez, tercer hijo de la princesa, y una sortija con un granate, regalos todos de aquella señora, ó 300 ducados por cada uno de los reposteros, 200 por los diamantes, 44,870 por las fuentes de plata y 198,730 por la sortija, dejando á Perez el derecho de reclamar el importe de un censo que decia tener sobre sus bienes, y el valor de los presentes que habia hecho á la princesa. Sentencia que parece dictada para probar las relaciones de Perez con la de Eboli, acerca de las cuales habian declarado ya otros testigos, no habiendo faltado un pariente de aquella señora, el marqués de Fábara, que aseguró tenia tal certeza de ellas que habia decidido matar á Antonio Perez, pero que habiendo entrado en Santa María cuando iba á ponerlo en ejecucion, se serenó y desapareció de su mente aquel designio.

La princesa se hallaba entre tanto en Pastrana deserrada, donde se la habia llevado en 1584 al salir del castillo de Pinto. Rodeada de un corto número de criados y servida por su hija doña Ana de Mendoza, que despues fue monja franciscana, ni podia recibir ni escribir cartas, y hasta se hallaba privada del necesario alimento que habia de cercenar cuando queria dar limosna á un pobre. Ciertamente que disponia en secreto de algunos recursos, pues habiendo sabido sin duda su prision, escondió en una almohada sus mejores joyas y entregó otras á su guardarropa, haciéndose además traer dinero de Nápoles en ollas vidriadas que se suponian de conserva, pero todo lo entregaba á su hijo el duque de Francavilla, su agente en la corte cerca del rey, á quien seguia por todas partes para activar los negocios de su madre á costa de grandes gastos. A hurtadillas le escribia alguna vez, y en una de estas cartas se encuentra la notable confesion de que en ella no habia culpa, ni se reconocia culpable, y que sólo se habia equivocado en tener al rey por norte, que le obedeciese y respetase en todo, pero que no se humillase en particular en cuestiones de honra en las que podia hablar muy alto. Confesion notable, poco conocida, y que hecha en las circunstancias en que se hallaba la princesa, y dirigida á un hijo querido y de confianza, que estaria en el secreto, debe llamar la atencion de cuantos se han propuesto esclarecer este punto histórico.

La princesa fue definitivamente privada de la administracion de sus bienes de que se hallaba en posesion por el testamento de su marido y las cláusulas de la escritura de fundacion del mayorazgo de Pastrana, en noviembre de 1582, y desde esta época entró como administrador nombrado por el rey Pedro Palomino y despues don Alonso Castillo Villasante, los cuales cada uno en su tiempo gozaron y administraron los estados y rentas de ellos, y á la princesa sólo daban un tanto para alimentos, raciones y salarios de criados, y el pan necesario, en cuya situacion continuó hasta su muerte.

Pero volvamos á ocuparnos de la sentencia dada en el juicio contra Antonio Perez; tambien se le condenaba en ella á devolver un brasero de plata, regalo de don Juan de Austria, tasado en 700 ducados y á la multa de 7.371,098 mrs. aplicado al fisco de su magestad, todo lo cual se calculaba en 70,000 ó más ducados.

Se pronunció esta sentencia en 23 de enero de 1585, pero tres dias antes, temiendo se fugase, se dió contra él una nueva orden de prision. Habitaba entonces la casa llamada del Cordon, contigua á la parroquia de San Justo: presentáronse los alcaldes para prenderle, y uno de ellos quedó en el patio donde se hallaba el escritorio, mientras el otro subia á la habitacion en que estaba Antonio Perez con su mujer y le intimó el arresto. Halló el secretario medio de deshacerse del alcalde, y envió un criado á preguntar al arzobispo de Toledo si le parecia que se acogiese á sagrado; el prelado le aconsejó lo hiciese, y entonces bajo pretexto de pasar á una pieza inmediata, se descolgó á la iglesia de San Justo. Burlados los alcaldes dieron parte al rey, quien mandó no se respetase el asilo, y la justicia violentó la puerta con palancas, encontrándose á Perez despues de muchas pesquisas escondido en un desvan.

Llevaronle preso á la fortaleza de Turégano donde á los veinte dias le leyeron la sentencia de visita, en que se le imponian dos años de prision ademas de las multas referidas. Algun tiempo despues le dejaron mas libertad, y permitieron á su mujer é hijo pasar á verle, pero con el objeto de obtener de esta las cartas del rey que tenia en su poder Antonio Perez, lo que no consiguieron por entonces. Comprendiendo este el peligro que corria, intentó fugarse auxiliado por Juan de Mesa, que traia dos yeguas herradas al revés, mas no pudo conseguirlo y fue puesto en prision más estrecha viéndose embargada su hacienda y vendida en pública almoneda. Insistióse entre tanto en que doña Juana entregase los papeles, á lo cual se negó hasta que lo hizo de orden de su marido que la escribió un billete con su propia sangre, mandándole, pero ya se habian retirado sigilosamente algunas cartas que presentó despues Antonio Perez en Aragon. Entonces se puso en libertad á la mujer de Perez y á sus hijos. Regresó en tanto el rey á Madrid á donde mandó traer á su antiguo secretario, que se aposentó en una casa principal en la que recibia visitas y se le permitia salir.

Diez años hacia que habia sido asesinado el secretario Escobedo, y entonces comenzó á perseguirse á Perez por su muerte. El presidente Antonio Pazos, que estaba en el secreto, se lo habia prohibido al hijo con amenazas y revelaciones. En 1582 se comenzó con el mayor sigilo á formar un proceso sobre este asunto; tres años despues se recibió en Aragon la declaracion del alférez Enriquez, que la dió por suponer habian matado á un hermano suyo de orden de Antonio Perez. Entonces don Pedro Escobedo se presentó como parte y Perez fue llevado preso al castillo de Pinto de donde le trasladaron á Madrid á los dos meses y medio encerrándosele en la casa de la plazuela de la Villa, en que se supone estuvo aposentado el cardenal Jimenez de Cisneros. Preso tambien el mayordomo de Antonio Perez, negó todos los cargos que hacian á su amo, quien escribió al rey, el cual mandó que se uniesen las cartas al proceso. Intimósele que las reconociese bajo juramento, y se negó á ello haciendo lo mismo su mujer con una carta que habia dirigido al conde de Barajas, y se la presentó con el propio objeto. Entonces escribió á Chaves y le contestó evasivamente, abriéndose una informacion de testigos para deponer sobre las relaciones con la princesa de Eboli á la que se suponía causa de todos estos sucesos. Depusieron con este motivo doña Catalina de Herrera, doña Beatriz de Frias, el marqués de Fábara y el conde de Cifuentes con otros personajes, los cuales refirieron hechos muy conformes á lo que se proponia en el proceso, añadiendo el marqués de Fábara lo que en otro lugar hemos mencionado.

Entre tanto retiró su demanda el hijo de Escobedo con consentimiento del rey, habiendo recibido 60,000 ducados, debiendo ser su situacion bastante apurada, pues habia perdido un empleo que tenia en el consejo de Hacienda y estado preso por la actitud que tomó en este asunto. Mas lejos de poner á Antonio Perez en libertad, como parecia natural despues de este acontecimiento, se aumentaron los rigores de su prision, y se le mandó dijese las causas que habia dado á su magestad para el asesinato de Escobedo. Se le requirió varias veces y enseñó un papel de mano del rey con orden de que declarase, poniéndole una cadena y un par de grillos, viendo empeorada con esto su situacion, creyó hallar algun miramiento en el corazon de su antiguo amigo, de aquel á quien habia prestado tantos servicios y de cuyos secretos habia sido depositario por tanto tiempo. Pero Felipe II, lejos de compadecerse ante las súplicas de su secretario, le mandó dar tormento insistiendo en arrancarle una confesion de que no necesitaba, sólo con el objeto de doblegar su altivez y su orgullo.

Como no es nuestro objeto referir estos sucesos demasiado conocidos, y si sólo dar una idea de todos los que acompañaron y siguieron á la muerte de Escobedo, nos contentamos con decir que el tormento que sufrió Antonio Perez fue de los mas crueles que se citan en la historia, y que vencido por el rigor de los dolores, se le arrancó á la sétima vuelta la confesion que se esperaba. Enfermo en su consecuencia, se permitió asistirle á su mujer, y entonces se fugó, no disfrazado con sus vestidos como generalmente se supo-

ne, sino quitando los clavos de una puerta clavada que daba á una habitacion contigua por donde salió, á pesar de lo cual no disminuimos el mérito de la accion heroica de su mujer doña Juana de Coello, pues quedó en la prision espuesta á las iras del monarca, y jamás declaró el medio de que se habia valido para huir su marido, no habiéndose sabido hasta que lo hizo en Aragon el maestro Juan Barrantes, amigo y criado de Perez.

Sorprendido por una ronda hallándose todavía dentro de Madrid, se fingió criado de los que le acompañaban, con lo que consiguió salvarse. Su fuga fue en la noche del martes santo 17 de abril de 1594. Despues de varias vicisitudes consiguió entrar en Aragon, dirigiéndose á Zaragoza donde se puso bajo la jurisdiccion del justicia, quien comenzó á juzgarle; mas conociendo en la corte que Antonio Perez saldria triunfante de esta manera, le acusaron á la Inquisicion, la cual le reclamó, sucediéndose entonces la serie de motines que dieron origen á la rebelion de Aragon y á la entrada de las tropas de Castilla mandadas por Vargas. Cuando éste penetró en Zaragoza, marchó Perez á Francia, abriéndole las puertas don Martin de Lanuza, y verificándose á poco el suplicio del desgraciado Justicia con otros terribles castigos que todos conocemos y no es nuestro objeto referir en este artículo.

Poco despues murió la princesa de Eboli en Pastrana en 2 de febrero de 1592. Esta señora, tan adulada en los dias de su fortuna, en la desgracia sólo encontró enemigos y perseguidores, y gracias si conservó un lugar en el corazon de su hijo segundo, á quien premió el Señor concediéndole larga vida y todo género de venturas y prosperidades para él y su posteridad. En cambio ¡cuántos malvados, cuántos delatores, cuántos no declararon contra ella por adular al rey! Su carácter altivo y enérgico, fue mirado como rencoroso y vengativo, asegurándose que ponía en ejecucion su enojo y su rencor. Sin embargo, las personas que así hablaban no tienen de ello otra prueba que sus desavenencias con su hijo mayor, pero este hijo no le favoreció en la desgracia, lejos de ello se casó contra su voluntad, y acudió á Felipe II para salvarse del castigo que le habia impuesto su padre si obraba de esta manera. Mas á penas sobrevivió á su madre, y bajó al sepulcro cinco años despues que ella cuando parecia sonreírle el porvenir mas venturoso. Su hijo vivió escudado en largos pleitos con su tío el duque de Francavilla, conde de Salinas, y la casa desapareció muy pronto volviendo á la de Infantado de donde habia procedido.

Antonio Perez, llevando entre tanto la venganza hasta mas allá de donde le permitia la honradez y patriotismo, se presentó en Pau á la princesa Catalina, hermana de Enrique IV, con la idea de hacer un levantamiento en Aragon con los emigrados que poco á poco se le iban reuniendo. Verificáronle en efecto descendiendo por la montaña hasta ocupar el fuerte de Tera, paso de Santa Elena y Biescas, pero marchó contra ellos don Martin de Vargas y los derrotó en Santa Elena, haciendo muchos prisioneros, que condujo á Zaragoza, donde sufrieron el último castigo despues de los mas crueles tormentos. Viendo la inutilidad de sus esfuerzos en aquella parte, Perez se dirigió á París y fue muy bien recibido por Enrique IV, que, conocedor de sus grandes talentos, le envió á Inglaterra para tratar una alianza cuyo resultado fue la guerra con España. Irritado Felipe II por la conducta de su valido, quiso asesinarle, y con este objeto marchó á París el baron de Pinilla, el cual fue preso y sufrió la pena de muerte.

Hízose á poco la paz con España, y Antonio Perez quedó relegado al olvido siendo inútiles sus servicios. Por esta época compuso algunas de sus obras por las que es todavía admirado. Pero aunque al morir Felipe II mandó devolver los bienes á su mujer é hijos, no se le permitió regresar á España, á lo que se negó tenazmente el duque de Lerma, no obstante haberle dedicado un libro escrito en forma de memorial con este objeto. Murió por último pobre y oscurecido en París en 3 de noviembre de 1611, siendo sepultado en la iglesia de los Celestinos. Triste fin para quien tan alto se habia elevado, que llegó un dia á gobernar la corona de ambos mundos, y aun en la desgracia se atrevió á declarar la guerra sin contar con otro recurso que su ingenio y su talento.

JOSÉ S. BIEDMA.

EL TEATRO DEL GLOBO.

II.

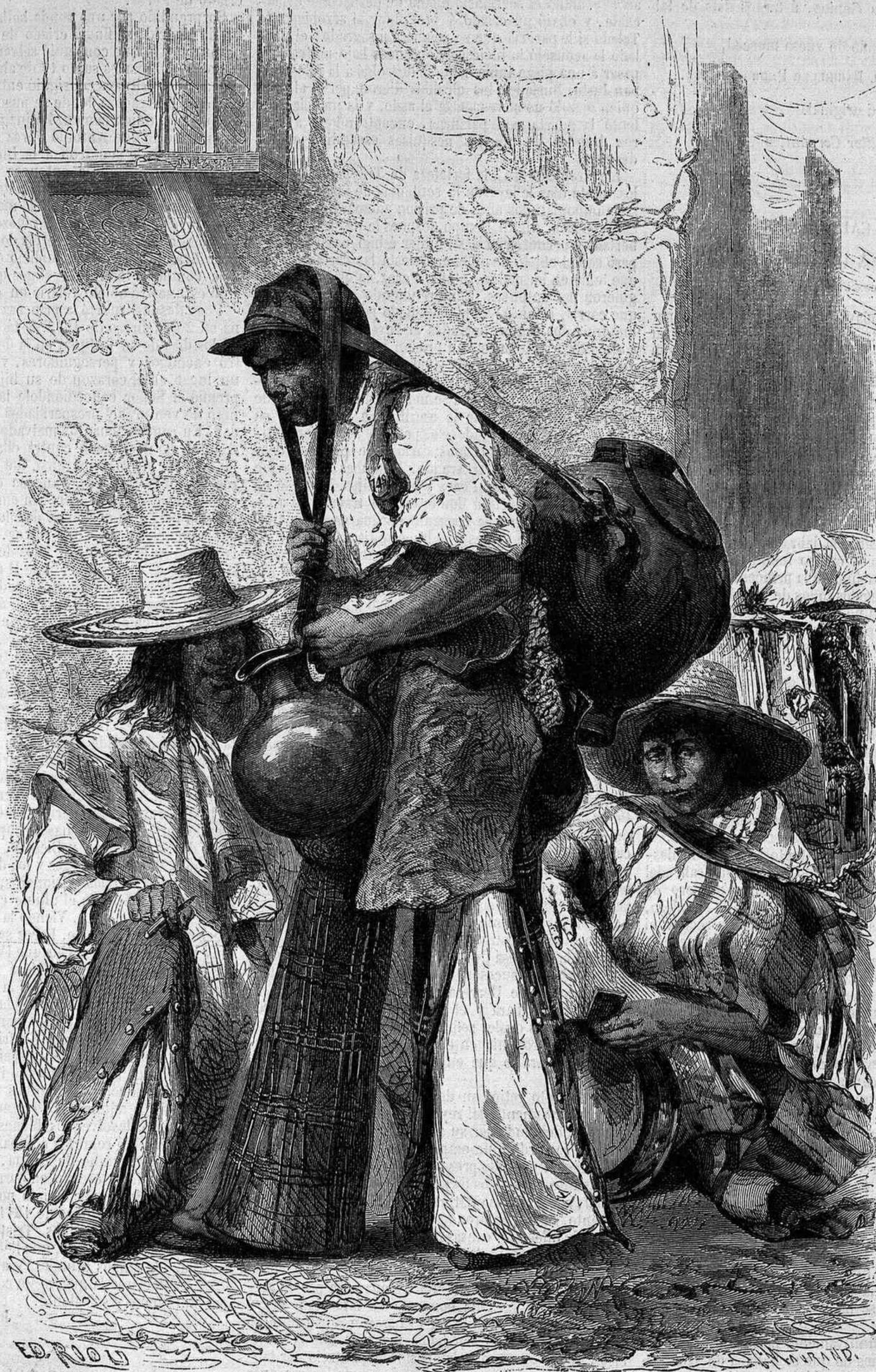
Los humanistas, desde muy antiguo han dividido la vida del hombre en siete edades. Esta division fue generalmente aceptada por los ingeniosos, y á ellas se referia sin duda el escritor citado, al decir que se cambia el traje en los entre actos de la vida. El genio dramático del Avon habia ya dicho, que *los actos de la tragedia de la vida son las siete edades*. Otros han hecho estudios sobre el diverso aspecto, la diversidad de ideas y la modificacion de carácter que se opera en el hombre en cada periodo de siete años, haciéndole verdaderamente un hombre nuevo, aunque en lo esen-

cial no se trasformen el *genio y la figura*; pero en mi juicio, con la variacion de los tiempos hay que alterar estos plazos. Son demasiado lentos y dilatados para la prisa con que hoy se vive, y á tomar una mediana parte en las representaciones sociales, son de tal género las sensaciones, que se ven decrépitos de treinta años

cuando en esa edad, en otros tiempos, apenas se habia mediado la jornada de la juventud.

Y ya que se habla aquí de trasformacion natural, casi insensible para el que la sufre, no se deben dejar en el tintero las artificiales, tan frecuentes y comunes en la agitada y engañosa vida de las cortes. Las córtés

son como el gran teatro, donde las decoraciones y los trages son mejores y mas parecidos al natural; pero, esto no implica que las obras ni los actores escedan en bondad al repertorio y al personal de cualquiera otra compañía. Si así lo creen algunos, es porque ven la funcion de lejos, ó porque piensan que la afectacion,



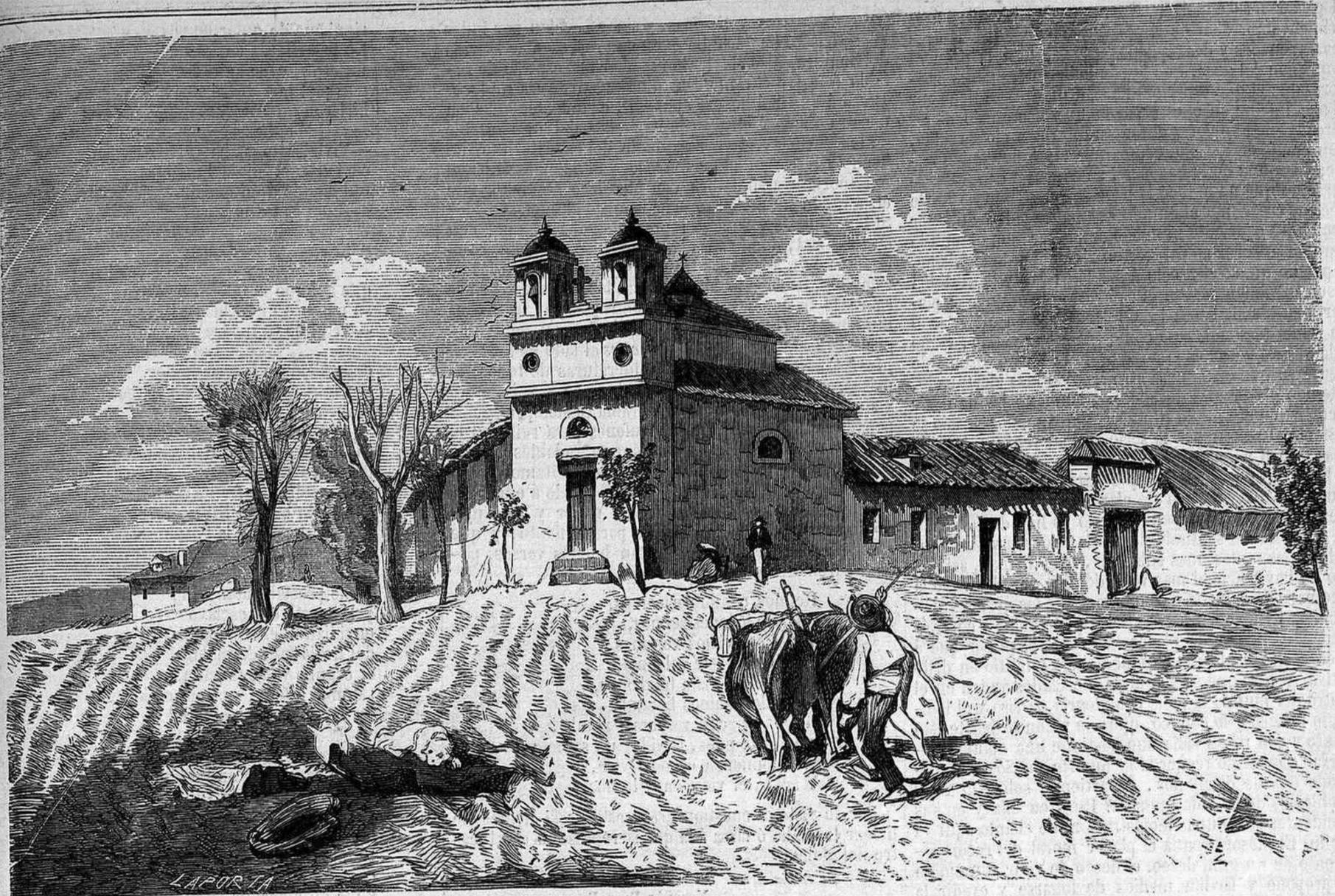
AGUADOR MEJICANO.

los movimientos, los ademanes y el artificio valen mas que la naturalidad y la sencillez. Otra cosa tienen de particular, y es que la ocupacion incesante y la clase de argumentos que sirven de trama á la tela de los espectáculos, requiere que los papeles varien, y un mismo actor mude de apariencia y trages á cada paso, representando varias figuras y caracteres.

Lo bueno es que no parece menos cómico la facilidad

con que se intitula *tragedia ó farsa* la vida humana. A escepcion de Demócrito y Heráclito, caracteres firmes y de gran relieve, y entre paréntesis, un par de excelentes cómicos en la gran *troupe* de los eternos comediantes, nada mas frecuente que ver al mismo hombre hacer una ensalada de los dos títulos, y hallar en un mismo libro de la mano los nombres de farsa y de tragedia como si fueran una misma cosa el llanto y

la risa, la ventura y la desventura. Pero estas diversas expresiones son ciertas y verdaderas en la posicion respectiva de los personajes que las emiten. En un caso se pintan en situacion extrema, no viendo mas que la faz lúgubre y mísera de la existencia humana. La atmósfera de la adversidad es diáfana para ver inmensos horizontes de desventura. Estos horizontes son como el fondo que busca la mente para la entonacion



CASA DE LABOR EN LA FLORIDA.

del cuadro. ¿A quién se le ocurre en un estado inteliz consolarse con pensar en las prosperidades de otros ó en las suyas propias? Nadie quiere ser su propio verdugo. El pensamiento triste engendra sus semejantes

y ve sus semejantes. El hombre empieza por ser loco y acaba por ser filósofo en el dolor, como empieza por ser loco y acaba por ser sandio en el placer, y en ambos casos parece mostrar gran dosis de egotismo. La

primera violencia del dolor enloquece; pero no pudiendo durar mucho ni en lo moral ni en lo físico, la tensión y la violencia disminuyen y se va trocando en melancolía apacible el dolor al modo que va hastiando



ESCUELA GENERAL DE AGRICULTURA EN LA FLORIDA.

el placer mas anhelado. No recuerda el hombre á la primera impresion de la pena, que puede haber otros mas apenados y desgraciados que él, ni á la primera impresion del goce, que puede haber otros goces mayores que el que experimenta. En un caso se tiene por el mas infeliz; en el otro por el mas afortunado de los seres. Cede el dolor y entonces mira con ojo de sabio, con mente de filósofo, compara, ve que hay quien sufre; y aunque no lo consuele, se consuela con cerciorarse de que no le tocó la peor parte. ¿Cómo no ha de decir y creer que el mundo es una tragedia? Su amor propio no consiente ni puede imaginar que el mundo sea una farsa por no parecer en ridiculo ante sí mismo, y por no quitar el precio á sus lágrimas y la santidad á sus sufrimientos. Por el contrario, disminuye el placer á su turno, causa hastío, truécase en malestar ó en remordimiento, pasa como ráfaga de viento, como relámpago, y esta es la ocasion de mirar en torno y de figurarse que cualquiera otro ha sido mas afortunado, ó tenido placer mas duradero. ¿Cómo no ha de decir y creer que el mundo es una farsa? Su amor propio se resiente al pensar por lo serio que su ventura ha sido cosa formal y seria.

Es, pues, una verdad que para los que sienten el mundo es una tragedia, y claro es que estos tambien piensan, sino que su pensamiento es hijo de la filosofía y poesia del sentimiento, de la Minerva y Musa del dolor, mas santas, mas sublimes, mas divinas, asi como no hay felicidad mas verdadera y duradera que la que nace de la lucha y vencimiento de los grandes obstáculos. Este vencimiento que supone dolor y contradicción es origen de placer, asi como el placer que á poca costa se alcanza produce enojo y hastío en definitiva. Y para que se vea cuán mezclados andan en el teatro del mundo la pena y la alegría, la risa y el llanto, lo trágico y lo cómico, que con razon se debate este punto y con razon cada uno sostiene una opinion diversa. ¿Quién no recuerda la muerte de Sócrates rodeado de sus discípulos, departiendo sobre grandes problemas de la vida humana? Pues en ella y en sus accidentes se ve una demostracion de cuanto aquí va dicho. El filósofo sentia el placer moral del reconocimiento de un gran deseo, el deseo de vivir. Un amigo le propone y facilita medios de fugarse y evadir la muerte, y el sabio se entretiene en buscar argumentos para persuadirse que debe morir, y una vez persuadido se tiene por el más dichoso de los hombres.

Veamos ahora cómo del dolor físico nace el placer. El tribunal de los *once* entra en la prision y le quita los hierros que habia tenido largo tiempo. Sócrates se sienta, dobla la pierna y frotándose en ella con sus manos dice: «maravillosas son las relaciones que tiene el placer con el dolor. Esopo nos pudiera haber dicho, que Dios quiso reconciliar un dia estos dos enemigos; pero no pudiendo, los ató en un manojo y asi, apenas asoma el uno, ya se ve venir á su compañero.» Decia esto, porque quitados los hierros sintió un placer indefinible.

En cuanto á que lo trágico y lo cómico andan mezclados como la risa y el llanto, uno de sus discípulos nos dice que poco antes de su muerte lloraban y reian sin saber el por qué de esta diversidad de emociones, semejando verdaderos locos, y ya una tragedia, ya una farsa lo que representaban. El mismo gran poeta que hemos visto llamar tragedia en siete actos á la vida humana, escribió en otro lugar: «Cuando nacemos damos un grito, como diciendo, ya hemos entrado en este gran escenario de locos.» Idea ingeniosa y exacta en todas sus partes la calificación de locos, sea que calcemos el coturno ó vistamos los cascabeles; pero lo que no está enteramente probado, es si el grito del recién nacido es lamento ó bufonada como aparece en la intencion de este poeta. Recuerdo los versos de otro que describía asi la vida y que muestra ser de opinion contraria á este pasaje, y por ser buenos me atrevo á trasladarlos. Dicen asi:

«Lloramos cuando nacemos,
Cuando jóvenes lloramos,
Y si á la vejez llegamos,
Tambien lágrimas vertemos.
Do quier la vista tendemos,
Solo nos ofrece el mundo
Tristeza y dolor profundo.
¿Qué es, pues, la vida? un quejido
Que empieza un recién nacido,
Y termina un moribundo.»

No puede darse mayor diversidad de juicios, sin que haya lugar á decir que ninguno sea erróneo. Si el mundo es un escenario de locos, nada mas divertido que el espectáculo. El mundo entonces será mas bien una farsa, un sainete mas bien que una tragedia. Bien es verdad, que como ha dicho un crítico notable, un loco no hace reír á los hombres de corazón bien puesto: y tales locuras hay, que lejos de incitar á risa dan hartío que llorar, aunque por lo comun, y gracias á las precauciones y cuidados que se tiene con los dementés, sus actos no son perjudiciales y sus movimientos y palabras, provocan generalmente á risa. Otra cosa son los actos y las palabras de los locos sueltos, si admitimos esta calificación para la humanidad, que ha sido muy favorita y adoptada por muchos escritores de

todos los países y tiempos; y sin escepcion por todos los satíricos. Poeta hubo que, para representar la vida del hombre, hizo al talento inventar una especie de retablo ó teatro *Guignol*, cuyo protagonista era un loco. ¿Pero á qué ir á buscar ejemplos, cuando tenemos en nuestra España el gran protagonista del mas notable de los poemas, al representante del espíritu humano hecho y representado como loco, y dividiendo su papel é importancia simbólica con otro loco no menor que él, á quien sin embargo se ha llamado el buen sentido? Si Don Quijote y Sancho representan al ser humano en su totalidad, donde mas largamente se contiene, confesamos que, aparte las tragedias y las adversidades de esta vida, domina lo cómico sobre lo trágico y lo alegre sobre lo triste. ¿Cuántos misántropos hay por esos mundos, en comparacion con los bufones y gente alegre y regocijada? ¿Cuántos *Alcestes* al lado de los *Scarpins*? Convengamos al ver las literaturas de todos los países, que el sainete ó la farsa vive por sí sola, pura y sin mezcla; mientras que el drama va siempre acompañado de locos, graciosos ó bufones para reír con el llanto y promiscuar las sensaciones agradables con las penosas; mientras que para reír no necesitamos mezcla de llanto, ni descanso de pena, dando á entender que nuestra naturaleza se amolda mejor y está mas predispuesta para la risa que no para el llanto, y que contra la opinion del autor de tan buenos versos, podian parodiarse en esta forma:

Reimos cuando nacemos,
Cuando jóvenes reimos,
Y si á ser viejos venimos,
Tambien á reír volvemos.
Do quier la vista tendemos,
Sólo alcanzamos balumba
Risas, muecas, zambra y zumba,
¿Qué es, pues, la vida? un sainete
Que comienza el mozalvete,
Y acaba el viejo en la tumba.

Por lo visto es cuestion grave esta de si hemos de llamar tragedia ó farsa á la que se representa en el teatro del globo.

(Se continuará.)

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

AGUADOR MEJICANO.

Sólo en el líquido que vende se asemeja el aguador de Méjico á los robustos hijos de Pelayo que en Madrid ejercen este oficio. El aguador mejicano va vestido con un saco de cuero, lleva un pantalón anchísimo y su enorme cántaro de barro colorado, ó *chochocol*, de forma completamente esférica no le ocupa los brazos. Este cántaro se halla sujeto á la frente por una correa, anudada por sus cabos á las dos asas, mientras otra correa, pasando por la coronilla del aguador ambulante, sostiene otro cántaro menor que contrabalancea por delante el peso del que lleva á la espalda, conservando asi el centro de gravedad y haciendo menos molesta la locomocion.

El agua contenida en este cántaro delantero se dá gratis á quien tiene sed y no puede pagar; la del que va á la espalda se vende. Una antigüedad inmemorial ha dado casi fuerza de ley á esta costumbre.

ESCUELA GENERAL DE AGRICULTURA.

La escuela central de agricultura creada en 1855 en *La Flamenca*, finca de la corona en las inmediaciones de Aranjuez, fue trasladada á esta poblacion por la insalubridad de aquel terreno, y acaba de ser definitivamente instalada en Madrid en la posesion titulada *La Florida*, tambien del antiguo patrimonio. Sus actuales condiciones, mucho más favorables que nunca, la permiten llenar el objeto de un establecimiento de esta especie y de tan grande importancia para las naciones adelantadas.

El edificio que antes sirvió para la famosa fábrica de porcelana se halla ocupado hoy por las cátedras, gabinetes y museos: además, las magníficas construcciones de la llamada *Casa de Labor*, juntamente con sus dependencias rurales, tanto por su dilatada extension, como por su esmerado cultivo, proporcionan grandes elementos de estudio para toda clase de labores y plantaciones, pudiendo compendiar prácticamente lo más selecto de la enseñanza agronómica.

EL HIJO ESPUREO.

BALADA.

I.

Como solitario arbusto
que en el desierto brotó,
vine al mundo, y la desgracia

siguíome do quier en pos.
En bello ideal de gloria
mi espíritu se agitó,
mas ¡ay! que duras afrentas
hirieron mi corazón.
—¿Qué anhelas?—me preguntaban.
—Vivir, contestaba yo,
cual vive el hijo del noble
útil siendo á mi nacion.
—¿Cuál es tu nombre?

—Lo ignoro.

—¿Tienes padre?

—¡Padre! ¡ah! no;

que aunque lo tenga, no llevo
su nombre ni su blason.

—¿Y el de tu madre?

—Callarlo

debo siempre por su honor.

—¡Desgraciado! á nada aspiras:
manchado estás...

—¡Compasión!...

soy bueno: la idea del crimen
jamás en mí se albergó...

—Mas sobre tu frente arroja
el mundo eterno baldon,
que en tí castiga la falta
que tu madre cometió.

Tal escuché: á mi infortunio
nadie prestaba atencion,
y la suerte del esclavo
envidiando en mi dolor,
del necio mundo maldije
el orgullo y la ambicion...
¡Mundo infeliz, que así olvida
las leyes santas de Dios!

II.

Sin esperanza en los hombres
mi juventud triste huyó,
regando, en rudo trabajo,
la tierra con mi sudor.

El negro pan de los siervos
de alimento me sirvió,
y fue mi albergue la choza
de un miserable pastor.
Mas un dia, ¡horrible dia!
sentí opreso el corazón;
mis fuerzas me abandonaron
y el sustento me faltó.

¡Tuve hambre!... En mi delirio
á la opulenta mansion
del noble autor de mis dias
corrí con ansia feroz:
mas al cruzar sus umbrales
un hombre se atravesó
en mi camino, y su vista
devolvióme la razon.

Era mi padre: mi pecho
tierna esperanza halagó,
y pedile una limosna
con desfallecida voz.
Paróse: torva mirada
penetrante me lanzó,
y «trabaja, aun eres joven,»
respondióme con furor.

—Señor, yo muero: la fiebre
mi escasa fuerza agotó.
¡Tengo hambre!...

—Y ¿qué me importa

tu hambre, necio hablador?

—Noble conde, soy tu hijo.

—Mientes, ruin villano.

—¿Yo?

—Mientes, repito, y si al punto
de aquí no partes veloz,
haré que mis escuderos
te azoten sin compasion.

Al oír tales palabras,
de mi padre con horror
alejéme, murmurando
con indecible afliccion:

«¡Ay de tí, y ay de los hijos
que á tu pecho con amor
estrechas, y que hoy ostentan
tu alto nombre y tu blason,
conde infeliz! pues en ellos
verás, con fiero dolor,
castigadas tus maldades;
que el cielo, para espacion,
pena en los hijos las faltas
que un mal padre cometió,
al olvidar, insensato,
las leyes santas de Dios.

III.

Largos años transcurrieron.
Al fin mi senda alumbró
el puro sol de la gloria;
que de Hernán Cortés en pos,
llegué de la ardiente América
á la apartada region,
y allí riquezas y honores

mi mente ambiciosa halló.
¡Oh, cómo palpitó alegre
entonces mi corazón!
Torné súbito á mi patria,
que anhelaba con ardor
probar á mi ingrato padre
que su nombre y su blason,
eran ménos que los triunfos
que alcancé por mi valor.
Mas al llegar á mis lares
¡qué horrible cuadro se alzó
ante mis ojos, llenando
mi espíritu de pavor!
Tristes ruinas, que ráudo,
voraz fuego ennegreció,
del noble autor de mis dias
era la altiva mansion;
y su heredad, que ostentaba
en otro tiempo el verdor
de las mieses, ora yerma,
á mi vista se mostró,
y, cual de tierra marcada
con la eterna maldicion,
hasta las aves huían
lugares de tanto horror.
—«¿Qué fue, decidme, buen viejo,—
á un labriego que cruzó
por mi ruta preguntéle,
del noble conde y señor
de este lugar?...» Y vertiendo
lágrimas me contestó:
—Triste, muy triste es su historia:
sobre su frente el baldon
recayó de injusta guerra,
que insensato provocó.
Vió en ella á sus pobres hijos
morir sin gloria ni honor;
taladas miró sus tierras,
mancillando su blason...
—¡Justo cielo!

—Largos dias
de su morada ea redor,
vagar viósele abismado
en honda meditacion:
despues su profunda pena,
aun mas el tiempo agravó,
y entre horribles carcajadas
y suspiros de dolor,
á voces llamaba á un hijo
que inhumano rechazó,
tal vez siniestro fantasma
de su turbada razon.
Por tres años sintió el peso
de martirio tan atroz,
mas de nuestra vista un dia
fugaz desapareció;
sus infelices vasallos
sintieron vago terror,
y al nuevo sol en la playa
vieron, con muda afliccion,
su cadáver, que el mar mismo
sobre la arena arrojó.»

Calló el viejo: de mi frente
brotaba frio sudor,
vertian lágrimas mis ojos,
lágrimas del corazon
al ver cumplido el augurio
que de mi labio brotó,
y hallé en mi padre la víctima
de mi triste prediccion.
Entonce el renordimiento
cual dardo agudo me hirió;
al cielo alcé la mirada
pidiendo amparo y perdon,
para cumplir en la tierra
las leyes santas de Dios.

Sevilla. Abril. 1869.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

La Academia de Ciencias de Lisboa ha nombrado á nuestro querido amigo el señor don Nicolás Diaz Benjumea, socio correspondiente de la misma, como testimonio del aprecio y satisfaccion con que ha recibido y examinado su brillante discurso crítico sobre *El Palmerin de Inglaterra* y su verdadero autor. El señor Diaz Benjumea resuelve esta cuestion reñida entre españoles y lusitanos con una abundancia de razonamientos que no deja lugar á dudas.

La Academia de Lisboa va á costear la impresion de este trabajo literario que tanto honra á su autor y que deseamos vivamente sea conocido en nuestra España.

La honrosa distincion con que la Academia de Ciencias de Lisboa ha agraciado al señor Diaz Benjumea le ha sido comunicada en una atentísima carta dirigida á nuestro amigo por el señor conde D'Avila, individuo de la propia Academia.

El número de las sociedades cooperativas de consumo en Prusia, que ascendia á 199 en 1866 y á 316

en 1867, se ha elevado en 1868 á 555. Del balance de 75 de ellas, resulta que contaban con 33,656 asociados, é hicieron operaciones durante el año por 2.124,141 thalers. En las provincias prusianas de Brandemburgo, Silesia y Sajonia, en Wurtemberg y distintas provincias austriacas, las sociedades provinciales han principiado á ponerse en comunicacion, con el objeto de establecer una general alemana: al efecto deben reunirse próximamente en Magdeburgo los representantes de las sociedades de consumo de la Alemania del Norte.

Si la estadística criminal es un dato precioso para estudiar la situacion de los pueblos, la de Italia deja mucho que desear á juzgar por los datos que acerca de esto nos da la prensa inglesa, tan amiga de investigar en estos estudios prácticos y verdaderamente útiles á las naciones. En el año de 1868 ha habido en Italia nada menos que 2,626 muertes violentas, las cuales, esceptuando 264 homicidios involuntarios, han sido producidas por toda clase de asesinatos, el veneno, el puñal ú otros medios terribles. Esta cifra da 11 muertes por cada 100,000 habitantes, número superior aun al de nuestra pobre España, donde la mortalidad criminal ha sido 8 por cada 100,000 moradores. La comparacion de las dos penínsulas es aun mas dolorosa hecha con los demás pueblos de Europa. En Francia, á pesar de una poblacion casi doble á la de Italia, sólo ha habido 307 asesinatos en el año de 1868, y en Inglaterra, con una poblacion igual á Italia, no pasaron de 129.

En Suecia y Bélgica, los países de Europa mas favorecidos, la proporcion es mas grande todavia, pues apenas ha habido un asesinato por cada 100,000 habitantes. En cambio en Nápoles, asi como en Sicilia y los Estados Pontificios, han llegado las muertes violentas al 1 por 6 y aun 5,000 habitantes, lo cual es verdaderamente horroroso.

Los estudios sobre cada provincia del reino prueban que la Sicilia, Nápoles, las Marcas, Umbría y la Basilicata, son los territorios en que se consuman mas homicidios. Tomadas en globo estas provincias dan hasta 30 asesinatos por cada 100,000 moradores, mientras en el Piamonte, Lombardia y Toscana no pasan del 3 y 4 por 100,000. Lo significativo es que en la misma proporcion están los robos y los amancebamientos. La falta de instruccion en las clases populares se enlaza tambien con estos delitos y crímenes.

LA DESPOSADA DE ABYDOS.

(CONTINUACION.)

Los rebaños pacen sobre el túmulo del héroe que cayó herido por la flecha del pastor dardanio. Esa pirámide imponente, levantada por los pueblos, coronada por los monarcas, y en torno de la cual, el pretendido hijo de Júpiter Ammon (1) hizo rodar su carro, no es ahora otra cosa que un montecillo insignificante aislado y sin nombre. ¡Ah! ¡En lo interior, tu habitacion es tan reducida! En lo exterior, sólo los extranjeros pueden articular tu nombre. El polvo dura mas tiempo que la piedra esculpida de los sepulcros; pero en ti... hasta ese mismo polvo ha desaparecido!

V.

Tarde ya, muy avanzada la noche, Diana regocijará la vista del pastor y disipará los temores del marino; hasta aquel momento ningun faro colocado sobre la escarpada orilla puede servir de guia al buque que llegué á perder su rumbo. Los resplandores esparcidos en varias partes de la bahía, se han ido extinguiendo uno después de otros. A esta hora solitaria, la única claridad que se divisa, sale de la torre de Zuleika. En esa morada desierta se ve brillar todavia la luz de una lámpara: sobre la otomana de seda relucen las olorosas cuentas del rosario de ámbar que han desgarnado los hermosos dedos de la jóven; junto á ésta, muy cerca de ella, (¿cómo podría olvidar nunca una joya semejante?) está el santo amuleto, el precioso talisman de su madre incrustado de radiantes esmeraldas y sobre el cual se hallan grabados los versículos del Corán que saben dulcificar las angustias en esta vida y conquistar la felicidad en la otra. Al lado del rosario turco hay un Corán, con letras magníficamente iluminadas, y varios poemas que los amanuenses persas han copiado en brillantes caracteres; sobre estos rollos se ve colocado el laud, pocas veces mudo como hoy. En fin, en torno de la lámpara de oro cincelado, aromáticas flores abren sus pétalos en bellos jarrones de China. Las ricas telas de *Iran*, los perfumes de *Shiraz*, todo lo que puede encantar la vista ó los sentidos, aparece reunido en este suntuoso retiro; y sin embargo, reina allí cierta atmósfera de tristeza. La Peri, el alma de esta encantada celda, ¿por qué se encuentra ausente en una noche tan cruda?

(1) Hijo de Júpiter Ammon.

VI.

Envuelta en un negro manto, como el que usan los mas nobles musulmanes, á fin de preservar de la fresca brisa un pecho tan querido para Selim como la luz del cielo; Zuleika atraviesa con tímido paso los bosquecillos de los jardines; como una inocente paloma se estremece cada vez que el viento deja oír sus sordos gemidos en los parajes desprovistos de árboles. Por fin, al llegar á un terreno mas llano, su seno agitado vuelve á latir mas dulcemente. La virgen camina detrás de su silencioso guia, y aunque á consultar el terror que la domina, se volveria á la torre gustosa, todo lo arrostra por no abandonar á Selim; y ni siquiera se atreve á articular la mas leve queja.

VII.

Llegan al cabo á una gruta cortada por la misma naturaleza y perfeccionada por la mano del hombre. En esta gruta era donde Zuleika gustaba de hacer resonar su laud ó meditar sobre los preceptos del Corán. Con frecuencia se habia preguntado la hermosa niña, en medio de sus juveniles fantasías, lo que vendria á ser el paraíso.

—Una vez que el profeta no se ha dignado revelar adonde debe ir el alma de la mujer al abandonar el cuerpo, y siendo fácil de presumir cuál deba ser la mansion futura de Selim, ¿cómo podría éste soportar su permanencia en otro mundo, por deliciosa que fuese, sin aquella á quien tanto habia amado en éste? ¿Qué otro ser tan tierno podría reemplazarla? ¿Seria acaso posible que una huri llegase á prodigarle tan dulces cuidados? ¡Oh! no. Ni pensarlo siquiera.

VIII.

Hacia algun tiempo que Zuleika no visitara esta gruta, y le pareció hallarla algo trasformada: ¿seria acaso efecto de la noche que alteraba la forma de los objetos? Porque, realmente, la lámpara de cobre que la alumbraba esparcia sólo una claridad dudosa. Sus miradas percibieron en un rincón haces de armas amontonadas, pero no armas parecidas á las que el *Delhi*, ceñida la frente con un turbante, empuña en la batalla... eran sables, espadas, cuyas hojas y cuyas empuñaduras tenian formas estrañas... y una de aquellas hojas estaba teñida de sangre... ¡algun crimen sin duda! ¿La sangre vertida por una espada no supone un crimen? Se veía además sobre la mesa una copa que no parecia á propósito seguramente para contener el ligero sorbete. ¿Qué significaba todo esto? La jóven se vuelve para interrogar á Selim: «¡Oh Alá! ¿Es él por ventura?»

IX.

Su brillante trage habia desaparecido: su frente no estaba ya coronada por un alto turbante: en lugar de éste, un schal encarnado ligeramente torcido le cubria las sienas. Aquel puñal, cuya guarnicion se hallaba adornada con una perla, que hubiera figurado dignamente en una diadema, ya no brillaba en su cintura, guarnecida ahora de muchas pistolas unidas estrechamente unas á otras. Un sable colgaba de su tahalí, y de sus espaldas bajaba con cierta negligencia la capa blanca, esa ligera capa con que se cubren los *candiotas* en sus escursiones errantes. Por debajo, un coselete cubierto de láminas de oro encerraba su pecho como una coraza; sus piernas estaban revestidas con una especie de grebas de escamas de plata, sujetas bajo las rodillas con broches del mismo metal. Si la energía del mando no se revelase en sus ojos, en su voz, en sus gestos, una mirada poco minuciosa sólo hubiera reconocido en él á algun jóven marino griego.

X.

—Te he dicho, Zuleika, que yo no era lo que parecia ser; hoy te convencerás de esa verdad. Tengo que referirte sucesos que nunca habrias podido imaginarte. Si en el fondo de cuando te diga, que es la pura verdad, hay algo de terrible, no faltará quien reciba por ello el justo castigo. En vano seria que intentase ocultarte mi historia por mas tiempo. No quiero verte esposa de Osman. Si, no obstante, sus propios labios no me hubiesen hecho conocer el lugar que ocupo en tu tierno corazon, no podría, no querria revelarte aun los terribles secretos del mio. Hoy no te hablaré de mi amor; dejo al tiempo, á los hechos, á los peligros, el modo de probártelo. Pero una cosa debo decirte antes de nada: ¡Zuleika, no te cases con otro! ¡Yo no soy tu hermano!!

XI.

—¡No eres mi hermano! ¡Ah! ¡Retracta esas palabras, Selim! ¡Es decir que quedaré sola en la tierra para llorar, no diré para maldecir... para llorar el dia que fue testigo de mi nacimiento solitario! ¡Oh! ¡Ahora ya no me amarás como antes! ¡Por algo sentia desfallecer mi corazon... preveia esta desgracia! ¡Pero, yo no puedo creerlo... tú siempre verás en mí á tu hermana... tu amiga... tu Zuleika! ¿Podria suceder otra cosa? Porque, ¿me conducirias á este sitio para matarme acaso? ¿Tienes alguna venganza que tomar de mí? ¡Ahí tienes mi pecho: hierle! ¡Prefiero cien veces con-

EN LAS FERIAS.



—Ya pierdo la paciencia, santo cie' o:
¿no vendrá un pez y tragará este anzuelo?



Podrá un sillero componerte; pero... mis 78 años
¿quién los compondrá?

tarme en el número de los que han dejado de existir, á vivir en este mundo sin ser nada para tí, ó merecer tu odio! ¡Ahora comprendo la causa que tenía mi padre para mostrarse constantemente tu enemigo... ¡y yo, yo, ¡ay de mí! soy la hija de ese Giaffir por quien has sido despreciado, humillado! ¡Selim, Selim, si no soy tu hermana y te dignas respetar mi vida... permíteme ser tu esclava!

XII.

—¡Tú mi esclava, Zuleika! ¡Yo soy y seré siempre el tuyo! ¡Pero, amor mio, calma ese trasporte; tu suerte está ligada á la mia eternamente: te lo juro por la tumba de nuestro Profeta, y ojalá que este juramento pueda servir de bálsamo á tus penas! Y así como sostendré este solemne voto, permita Alá que los versículos del Corán grabados sobre mi sable dirijan su hoja de modo que nos preserve á ambos en los peligros! Ese nombre tan querido para tí, en el cual tu corazón cifraba su orgullo, debe desaparecer ó cambiar desde luego; pero es preciso que te advierta, ¡oh mi Zuleika! que los lazos de parentesco no quedan rotos absolutamente entre nosotros, por mas que tu padre sea mi mas mortal enemigo. Mi padre era para Giaffir lo que Selim parecía ser para tí hasta este momento. Ese hermano consumó el asesinato de su hermano, y respetando mi tierna edad, me meció con pérfidas ilusiones, que justas represalias deben castigar. Fui criado, educado al lado suyo, no con ternura, sino del mismo modo que Cain hubiera hecho con un sobrino: me vigiló como se puede vigilar á un leoncillo que roe su cadena para romperla algun dia. La inocente sangre de mi padre hierve en cada una de mis venas... pero, por el amor que te profeso, se debilitan mis ideas de venganza... ¡Oh! ¡Yo no puedo permanecer aquí! Escucha, querida Zuleika, como Giaffir perpetró el horrible atentado.

XIII.

—Como las disensiones de ambos hermanos produjeron el odio, y si fue el amor ó la envidia lo que hizo de ellos dos enemigos, lo ignoro completamente y poco importa! Entre espíritus altaneros la menor muestra de desden, una sola negligencia, basta para sembrar la discordia. Abdalah, mi pobre padre, era renombrado por sus hazañas guerreras, que son todavía objeto de los cantos *bosniacos*; y las hordas rebeldes de *Paswan* no han olvidado cuán funesta era su presencia para ellas. Lo que ahora tengo que referirte

es su muerte, odioso resultado del aborrecimiento de Giaffir, y cómo descubrí mi nacimiento; averiguación á la que debo, á lo menos, el ser libre!

XIV.

—Cuando *Paswan*, combatiendo primero por la vida y despues por el poder, llegó á tomar en los muros de *Widin* una actitud demasiado imponente, los pachás se reunieron al jefe del Estado. Entonces los dos hermanos, iguales en rango, se encargaron, cado uno separadamente, del mando de cierto número de tropas; dieron al viento sus colas de caballo y fueron á agregarse al ejército en las llanuras de *Sofia*, donde levantaron sus tiendas en el sitio que se les señaló! ¡Vana precaucion ¡ay de mí! para uno de ellos! ¿Por qué he de prolongar tanto esta triste relacion? Por orden de Giaffir, un veneno sutil como su alma, preparado y vertido en la copa mortal, envió á mi padre al cielo. Al volver un día de caza, fatigado y presa de la fiebre, se habia metido en el baño sin sospechar seguramente que para apagar su sed, le presentaria el resentimiento de un hermano semejante brevaje. Un servidor comprado le llevó el vaso pérfido... mi infeliz padre lo acercó á sus labios y bebió un sorbo: ¡no hacia taltamas! Si pudieses abrigar alguna duda sobre la exactitud de los hechos que te refiero, Zuleika, pregúntale á Harun.

XV.

—Ejecutado el crimen y abatido en parte el poderío de *Paswan*, aunque jamás aniquilado, Giaffir obtuvo el puesto de Abdalah. ¡Ah! Tú no sabes lo que en nuestro *divan* obtiene la riqueza, hasta en el ser mas despreciable del mundo... Manchado con la sangre de su hermano, Giaffir consiguió posesionarse de todos los honores que habian sido conferidos á su víctima. Es cierto que para comprarlos se vió precisado á agotar casi sus tesoros adquiridos por medio de infamias; pero la brecha fue reparada muy pronto. ¿Debo decirte de qué modo? Recorre esas campiñas y pregunta al miserable paisano si sus utilidades llegan á recompensar los sudores de su frente. Ignoro la causa por qué el cruel usurpador respetó mi existencia y me admitió en su palacio. La vergüenza, el arrepentimiento, los remordimientos, la confianza que inspira un débil niño, la necesidad de adoptar un hijo que el cielo no le habia concedido, tal vez una misteriosa intriga ó solamente un capricho... hé aquí acaso todo lo que habrá contribuido á salvar mi vida. Pero esta vida, querida

Zuleika, no fue nunca dichosa ni tranquila: él no pudo nunca dominar su carácter despótico, y yo... yo no pude perdonarle nunca la sangre de mi padre!

XVI.

—Giaffir, en su propia casa, se halla rodeado de enemigos; los mismos que le deben la subsistencia, no le son fieles en su mayor parte. Si yo hubiese descubierto el misterio de mi nacimiento á todos esos hombres descontentos, la vida del pachá contaria pocas horas de duracion. No seria necesario mas que un corazón sereno para conducirlos y una mano firme para indicarles, el blanco donde deben herir. Pero solo Harun conoce esta historia, cuyo desenlace se aproxima. Harun ha nacido en el serrallo de Abdalah, donde ha ocupado el mismo puesto que hoy ocupa aquí... él ha sido testigo de la desgraciada muerte de mi padre... y nada pudo hacer hasta ahora para vengarle... ¿qué poder tiene un esclavo aislado? Sin embargo, procuró preservar al hijo de una suerte semejante. Cuando vió al altivo Giaffir, feliz y triunfante sobre los restos de sus enemigos subyugados, de sus amigos, infamemente vendidos, me cogió por la mano, á mi, pobre huérfano sin apoyo, y me condujo á la puerta de su palacio implorando al asesino del padre, la vida del hijo. Y no fue en vano. Se procuró ocultar á todos el secreto de mi nacimiento y especialmente á mí. Giaffir creyó esta precaucion lo suficiente para su seguridad. Abandonó en seguida, con objeto de venir á habitar en esta costa de Asia, las riberas de la *Romelia* y nuestros lejanos dominios del Danubio, sin traer consigo mas que á Harun, único depositario de sus secretos. Pero, este Nubio ha comprendido que los secretos de un tirano no son mas que cadenas que oprimen con mayor fuerza al cautivo, y que éste desea romper, y me ha revelado toda esa tenebrosa historia con mochos otros detalles. Así, en su alta justicia, Alá concede al crimen esclavos, víctimas, cómplices... pero no un amigo!

(Se continuará.)

R. CAULA.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NÚM. 4.—MADRID.
IMPRESA DE GASPARY ROIG.